

cia todas las dificultades que se levantan entre el dogma y la ciencia, sería mas prudente, á nuestro parecer, sobre todo cuando esas dificultades parecen irresolubles, no provocar combates entre esos dos cuerpos, cuyo estado lógico sería examinar unidos en busca de la verdad, lejos de estar en antagonismo. Buena es sin duda la discusion, siempre es buena; pero como de ordinario se emplea en beneficio del mas fuerte, es por lo ménos imprudente por parte del mas débil el provocarla aun desde lejos. Esto es lo que habia comprendido la córte de Roma desde el año del Señor 1633, y no creemos que un libro de la naturaleza del que acabamos de examinar sea recomendado ni aprobado nunca por los príncipes de la ciudad eterna.

Así como preferimos las opiniones de Chalmers á las singularidades del doctor Whewel, del mismo modo preferimos á todo la teología mas científica que sir David Brewster les dió por contestacion.

« Es tan injurioso, dice ¹, para los intereses de la religion como degradante para los de la ciencia, ver á los partidarios de la una y de la otra colocarse en un estado de mútuo antagonismo. Una simple deducción ó una hipótesis debe siempre ceder el paso á una verdad revelada; pero una verdad científica debe ser sostenida, aun cuando pareciese contradictoria á las doctrinas mas queridas de la religion. Discutiendo libremente el asunto de la pluralidad de Mundos, no advertiremos colision alguna entre la razon y la revelacion. Timidos y mal informados cristianos han rehusado, en diversas épocas, aceptar ciertos resultados científicos que, en lugar de ser opuestos á la fé, llegan á ser sus mejores auxiliares; sacando partido de este desacierto, varios escritores excépticos han desplegado entonces los descubrimientos y las deducciones de la astronomia en contra de las doctrinas fundamentales de la Escritura. Esta inconveniente controversia, que en otro tiempo se excitó contra el movimiento de la Tierra y la estabilidad del Sol, y mas recientemente contra las doctrinas y las teorías de la geología, concluye naturalmente en favor de la ciencia. Las verdades del órden físico tienen un origen tan divino como las verdades del órden religioso. En tiempo de

1. *More worlds than One, the creed of the philosopher and the hope of the Christian* cap. ix, *Religions difficulties.*

Galileo triunfaron sobre el casuismo y el poder secular de la Iglesia, y en nuestros días las incontestables verdades de la vida antediluviana han alcanzado las mismas victorias sobre los errores de una teología especulativa y de una falsa interpretación de la palabra de Dios. La ciencia siempre ha sido y siempre debe ser la ayuda de la religion. La grandeza de sus verdades puede ser superior á nuestra vacilante razon; mas los que estiman y toman por apoyo verdades igualmente sublimes, pero ciertamente incomprendibles, deben ver las maravillas del mundo material la mejor defensa y la mejor explicacion de los misterios de su fé.»

Legando ahora á la gran dificultad de la encarnacion del Verbo, sir David Brewster principia por establecer que, segun todas las probabilidades, un gran número de razas han sido sometidas como la nuestra á la influencia del mal. Al contrario pues de la hipótesis del anglo-americano Chalmers, que, en la suposicion de un solo mundo prevaricador, muestra cuánta es la ternura del eterno Padre para con esta familia, cuando prefiere el sacrificio de su Hijo á la pérdida de sus criaturas, sir D. Brewster trata de explicar la redencion posible de todas las razas culpables. Veamos su proposicion.

« Cuando, al principio de nuestra era, se verificó en Jerusalem el gran sacrificio, fué por la crucifixion de un hombre, de un ángel ó de un Dios. Si nuestra fé fuese la de los arrianos y la de los socinianos, la dificultad religiosa escéptica, queda resuelta: un hombre ó un ángel puede igualmente ser enviado para la redencion de los habitantes de los demás planetas; pero si creemos con la Iglesia cristiana, que el Hijo de Dios fué necesario para la expiacion del pecado, la dificultad se presenta bajo su mas formidable aspecto.

» Cuando murió nuestro Salvador, la influencia de su muerte se hizo extensiva hácia atrás, en lo pasado, á millones de hombres que nunca habian oído su nombre, y hácia adelante, en el porvenir, á millones que no lo habian de oír jamás. Aunque solo brillase en la ciudad santa, la Redencion se extendió á las tierras mas lejanas y á toda raza viviente en el antiguo y en el nuevo mundo. La distancia en el tiempo ó en el espacio no atenuó su saludable virtud. Fué una fuerza « incomprendible para las inteligencias creadas, » que la distancia no modificó. Todopoderosa para

el ladrón en la cruz, en contacto con la fuente divina, conservó el mismo poder en la sucesión de las edades, sea para el Indio y el Piel-roja del Occidente, sea para el árabe salvaje del Oriente. Por un poder de misericordia que no comprendemos, el Padre celestial extendió hasta ellos su saludable poder. Pues bien, emanando del planeta medio del sistema, quizá por necesitarlo mayormente, *¿por qué este poder no habia de extenderse á los de las razas planetarias del pasado, llegado el día de su redención, y á las del porvenir, cuando se haya cumplido la medida de los tiempos?* »

Para hacer comprender mejor su argumento, el autor hace la suposición que nuestro globo, al principio de la era cristiana, se hubiese dividido en dos partes, como el cometa de Biela parece haberlo sido en 1846, y que sus dos mitades, el antiguo y el nuevo mundo, hubiesen viajado, bien como una estrella doble, bien independientemente la una de la otra. En esta hipótesis, los dos fragmentos ¿no hubieron participado del beneficio de la Cruz? El viejo y el nuevo mundo ¿no habrían alcanzado el mismo favor? El penitente de las orillas del Mississipi ¿no habria recibido la misma gracia que el peregrino de las márgenes del Jordán? Si, por consiguiente, los rayos del Sol de justicia, llevando sobre sus alas la salvación, hubieran atravesado el vacío que hubiese separado entonces el mundo americano y el mundo europeo, así divididos, todos los planetas. — Mundos creados por ese mismo Dios, formados de los mismos elementos materiales, bañados en la aureola del mismo Sol, — ¿no han podido igualmente participar del mismo don celestial?

Ved ahí una teoría que nos parece de naturaleza propia para satisfacer á los cristianos mas afectos á su dogma, y que puede allanar á sus ojos las dificultades con mas facilidad que el sistema excéntrico del doctor Whewell. Esta teoría es también preferible, á nuestro parecer, á la que presenta un número de encarnaciones divinas igual al número de mundos pecadores, y que hace descender al Cristo-Dios en otras tantas razas cuantos Adames desobedientes ha habido. En esta última opinión, la Majestad divina y la Sabiduría eterna son tratadas con bastante familiaridad.

En cuanto al argumento que se apoya en la pobreza, en la exigüidad, en la insignificancia de la Tierra, para sentar que

nuestra residencia pierde su primitivo valor ante el Dios del cielo, cuando las deducciones astronómicas han proclamado la doctrina de la Pluralidad de Mundos, se ha contestado, con razón, que este argumento carece de valor y de la mas leve autoridad. Como este asunto es ajeno á las discusiones dogmáticas; damos abiertamente nuestra opinión sobre este particular. Á nuestro parecer, seria tener una idea falsa é incompleta de la Omnipotencia, el imaginar en ella gradaciones de mas ó ménos. Lo infinito nada tiene de comun con las flaquezas de lo finito, y cada vez que nosotros prestamos á Dios nuestro modo de pensar, le atribuimos implícitamente las flaquezas de nuestra naturaleza. Sin duda, se necesita un grande esfuerzo para elevarnos á la idea de un poder infinito, de una infinita ternura, pero ó debemos hacer este esfuerzo ó abstenernos de hablar de Dios. Los que se vean inclinados á prestar á Dios nuestras ideas sobre las grandezas relativas, sobre lo menor ó lo mayor, sobre lo fácil ó lo difícil, sobre lo largo ó lo breve, consideren el grano de trigo que germina debajo de la tierra, y digan si no es tan grande Dios en la germinación de ese grano de trigo, como en la dirección de un Mundo. Consideren la encina saliendo de la bellota, la azucena revistiendo su blancura, la avecilla que dá con el pico la comida á sus hijuelos, el ojo del hombre contemplando el mundo exterior y transmitiendo al alma el espectáculo de la naturaleza, y digan si la fuerza que sostiene y anima todas las cosas no es infinita en la bellota que germina como en el alma que percibe. Estudien la naturaleza y digan si le es mas difícil á Dios encender un Sol que entreabrir una rosa. No; esta grande y universal Naturaleza se burla de las fuerzas mas formidables, y para crear maravillas le basta una sonrisa. Mirad esas nubes de la tarde cuya purpúrea franja recorta el celeste azul; ¿qué ha sido preciso para reunir allí en un abrir y cerrar de ojos y con tal profusión los colores mas ricos, los accidentes mas variados, los matices mas armoniosos? ¿qué se ha necesitado para llenar esos follajes de rayos crepusculares y hacer surgir un espléndido horizonte? ¿qué, para derramar esos perfumes en la templada atmósfera? ¿qué, para calmar ese mar borrascoso y darle la serenidad del cielo? ¿qué le ha sido preciso al Sér universal para desplégar los esplendores de una aurora boreal ó para extender una nebulosa en los desiertos del vacío?

le ha sido preciso ménos que á nosotros para nuestras obras mas sencillas; ¡le ha bastado *querer!*

Sin razon ninguna, por consiguiente, se presentaria á la Tierra como indigna de la atencion divina, por causa de la innumerable multitud de Mundos que navegan en el seno del espacio; la universal é idéntica presencia de Dios envuelve á la creacion como el Océano á una esponja, ella la penetra, la llena; es la misma por do quiera, y su carácter de infinidad le está inviolablemente adherido. La Providencia del pajarillo es infinita como la Providencia de la Via láctea, ni ménos cuidadosa, ni ménos sábia, ni ménos poderosa, *infinita*, en una palabra, en el único sentido inherente á este carácter.

Importaba insistir sobre este punto, á fin de alejar de ciertas almas la falsa idea que nuestros estudios mal interpretados hubieran podido dejar en ellas sobre este sublime atributo de la Persona divina.

Acabamos de ver cuales son las explicaciones que se han emitido para conciliar la doctrina de la Encarnacion de Dios sobre la Tierra, con la doctrina de la Pluralidad de Mundos. Este era el primer punto de esta nota. Pasemos ahora al segundo.

II

COSMOGONIA DE LOS LIBROS SANTOS.

Todos los teólogos reconocerán esta antigua y solemne figura, que les recordará el capítulo *De Ente loco-mobili* de la *Pars Physica* de sus tratados seculares, y que los volverá á llevar á la Edad media, su época gloriosa. En efecto, extraetamos esta figura de una célebre obra impresa en el año 1591, siglo de Copérnico; representa el sistema de Ptolomeo cristianizado como esos mapas mudos que se bautizan con nombres convencionales. En el centro del mundo reina la *Tierra*, residencia del hombre, teatro de sus pruebas, habitacion de su vida temporal. Debajo de la superficie terrestre están los lugares inferiores en donde las vistas perspicaces pueden entrever al antiguo Tártaro, conocido al presente bajo el nombre de Infierno. Mas allá de la Tierra, elevándose hacia el

Cielo, se encuentra primero la esfera de los elementos, en donde el fuego sucede al aire; despues las esferas de la Luna, de Mercurio, de Vénus, que sucesivamente visitó Dante el viernes santo del año 1300; luego el Sol, Marte, Júpiter y Saturno, sétimo y último planeta. Mas arriba se percibe el firmamento (*firmus*, sólido), en donde están sujetas las estrellas fijas¹; despues el maravilloso noveno cielo; luego el primer móvil ó cristalino; en fin, el Empíreo, ó *residencia de los bienaventurados*.

Este sistema está explícitamente enseñado en las obras teológicas que como la *Summa* de Santo Tomás de Aquino,

¹ Los antiguos no conocían la imposibilidad mecánica para las estrellas de girar en 24 horas alrededor de la Tierra. En mecánica celeste, la Tierra, no solo es un punto insignificante enteramente incapaz de ser centro de semejantes movimientos; no solamente las estrellas, aisladas y distantes unas de otras en todas las profundidades del cielo, no hubieran podido ser arrastradas en una misma carrera; sino que la velocidad con que aun los mas cercanos entre estos grandes cuerpos hubieran debido ser arrebatados, excede á toda cantidad imaginable. Para que Sirio, por ejemplo, girase alrededor de la Tierra en 24 horas, le seria preciso recorrer tres mil millones de leguas *por segundo*.

